

FRANCISCO CASAVELLA

El triunfo



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Francisco Casavella

El triunfo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Índice

PORTADA
BRIBIA: UNO
BRIBIA: DOS
BRIBIA: TRES
BRIBIA: CUATRO
BRIBIA: CINCO
BRIBIA: SEIS
BRIBIA: SIETE
BRIBIA: EPÍLOGO
CRÉDITOS

A Teresa.

*A todos los amigos que, con su conversación, me ayudaron
a imaginar esta historia.*

El automóvil se detiene con un sonido chirriante de neumáticos que estremece las paredes del aparcamiento. Dentro, ninguno de los tres hombres se mira. El más delgado – muy moreno, nariz ancha y labios gruesos– frota, no sin contenida brusquedad, una mano sudorosa contra la pernera del pantalón apolillado. Crujido de acero y mecánica anticuada al abrir una de las puertas. Los tres hombres salen despacio.

El guarda les observa de lejos con el borroso cansancio del que se dispone a finalizar en breve un turno de noche: una mirada temerosa duda en un rostro difuminado por su propia estupidez. Hace unos segundos, al ver llegar el automóvil, ha bajado el volumen de una radio y se ha puesto en pie. Ahora, en todo el aparcamiento no se oye otro sonido que el rumor de una musiquilla indescifrable y las pesadas botas de los tres hombres caminando hacia la calle.

La cara del más delgado no puede evitar un mohín. El hombre más delgado ha ido ganando con el tiempo fama de no alterarse por nada; ese gesto en su cara es un acto inusual. Se detiene: los otros no se dan cuenta y siguen caminando.

Ha visto algo tras los turbios cristales de los coches aparcados en columna; o quizá ha percibido el repentino temblor de una sombra en la pared. Saca el revólver de su funda. Con un movimiento profesional, echa hacia atrás el percutor y siente el chasquido de un resorte enganchando la cola de la pieza. Asocia involuntariamente este último sonido con el anterior de la puerta del coche al cerrarse. Aprieta la empuñadura de la pistola con las dos manos. Cuando oye el primer grito, abre las piernas, levanta los brazos hasta situarlos paralelos al suelo y apunta.

El muchacho ha salido como un loco del lugar previsto por el hombre más delgado. El muchacho salta y dispara y grita como si jugase, sin embargo nadie ha pensado ni por

un instante en juegos. El hombre más delgado ve cómo uno de sus acompañantes cae al suelo, de espaldas. El hombre más delgado ve cómo el muchacho da una voltereta en el suelo y sigue disparando. Su otro acompañante, de rodillas, vacía el cargador contra el muchacho y se desploma.

El hombre más delgado ve cómo el muchacho camina a gatas, renqueando: de una pierna surge un chorro de sangre que, en ese momento, no es más que una línea negra contra la luz lechosa de mil amaneceres. Una imagen del pasado le espanta. Dispara. El muchacho, impulsado por una fuerza remota, se pone en pie y dispara. Enseguida vuelve a caer. Su pistola se desliza por el suelo aceitoso del aparcamiento y rebota contra la rueda de un coche. El muchacho ya no se mueve... Humo y un olor picante a pólvora llenan el aire.

El hombre más delgado se encuentra repentinamente en el suelo sin recordar haber caído. Bajo su cuerpo, algo empapa la guerrera. Quiere pensar en un charco de agua, en uno de tantos barrizales sobre los que, en un tiempo, tuvo que lanzarse. No puede y afronta la verdad. Quiere moverse. No puede.

Ve cómo la bombilla de la garita se enciende. El guarda debió de apagarla al empezar el tiroteo. La cabeza del guarda asoma de debajo de una mesa. El hombre más delgado piensa en sí mismo como en un muerto. Da miedo morir. El guarda abre la puerta de la garita y echa una rápida mirada antes de salir corriendo hacia la calle. El eco de sus pasos se aleja. El hombre más delgado ha querido gritar y no lo ha conseguido. Es falso: nunca ha querido gritar.

Como una droga, la pérdida de sangre le adormece; como su ausencia, le provoca punzadas de dolor que se expanden por el cuerpo y le hacen apretar los dientes. Pero no puede apretar los dientes. La saliva cae de su boca abierta. No es saliva.

El ronroneo de la música alivia la pesadez del silencio. Nadie va a venir a buscarle.

El hombre más delgado cae en la cuenta de que aún tie-

ne el revólver en la mano. Con un esfuerzo tremendo dirige la boca del cañón hacia su cuerpo y aprieta el gatillo. El tambor del arma gira un centímetro y se detiene. El hombre más delgado repite la operación, una y otra vez, despacio... Se imagina riendo de su vanidad. Quiere escupir. No puede. Está mirando la última mañana.

Se oye una detonación en todo el Barrio.

ESPECTRO: Adiós, adiós, Hamlet, recuérdame.
W. S.

Lo que yo le diga. Aquí y allá todo el mundo pía, todos lo controlan todo, pero nadie sabe nada. Fijo. Por eso le he pedido que viniera una vez y dos... Todos los días, que viniera. Porque quiero contarle lo que pasó.

Porque yo sé que eran las seis y media o las siete y el Tostao dormía con la cabeza apoyada en una de las mesas de La Lágrima. De rodillas por todo el suelo, el Topo había estado buscando un dado que le faltaba en el cubilete, hasta que se cansó y se acercó a la barra y le dio un manotazo al cubilete y todos los dados se esparramaron por el suelo, sin solución, como las cuentas de un collar. Entonces el Topo y yo nos pusimos a mirarnos la cara sucia y los zapatos sucios y después miramos al Tostao. El Tostao, el Topo y yo llevábamos unos zapatos acharolados, con la puntera de ante: unos zapatos virgueros de verdad.

El Topo y yo, viendo al Tostao, nos acordamos de lo que el Gandhi le había soltado aquella misma noche:

—A ti, Tostao, siempre te ha faltado tiempo y te ha sobrado vida. Y eso no hace más que criar mala risa y miedo.

Allí en La Lágrima nadie dijo nada, como no hubiera dicho nada nadie del Barrio unos años antes. Nadie abrió la boca. Pero cuando el Gandhi dijo aquello, el Tostao y el Topo y yo sabíamos que aquello no se lo decía a ninguno de nosotros. Lo que nos hacía temblar es que el Gandhi pensaba en otra persona.

En La Lágrima nadie se movió al oírse el ruido. Los ojos resbalaron los unos en los otros, como si no nos importase.

Era la hora de la retirada y estábamos hechos polvo. Igual eran cajas al caer de algún almacén: los moros. O los del ayuntamiento, que andarían tirando alguna casa. Como despertándose, el Tostao le dio una patada al suelo y uno de los dados empezó a saltar y a rebotar por las mesas y las sillas y la barra hasta que se estrelló contra el vidrio de la puerta.

Yo iba a decir hasta luego sin mirar, porque sólo podía mirarme los zapatos sucios (tenían la puntera tan afilada que podía cortar, un poco levantada de dar rulos por el Barrio) y sólo me podía acordar de lo matado que estaba. Miré a la puerta y la puerta estaba sucia, llena de enganchinas que alguien quiso arrancar alguna vez y de papeles negros y descoloridos. Y en el claro libre de roña de la puerta fue donde, se lo juro, vi el careto del Truja atravesado de espanto y de sueño. Y el Truja abrió la puerta y como escuchando el aire y el susto dijo:

–Se han matao.

Y el Tostao, el Topo y yo sólo pensamos: Ya está. Y no pensamos nada más.

Visto ahora, me doy cuenta de que, fijándome, y de ser yo, la verdad, alguien que está al tanto y en el mundo, me hubiera dado cuenta mucho antes de que se iban a matar. Pero es que nunca quise ni supe hacer mucho caso a esas historias que caminan por el Barrio, despacio, como un perro sin amo o un colonquito sin norte, pero que te las encuentras en todos los sitios antes de tú decir hola. Además no debía.

Eran los años guapos. Cuando el Tostao, el Topo y yo nos escapábamos del Barrio y nos íbamos hasta muy lejos y éramos allí los reyes, saludando a todo el mundo y quedándonos con la gente.

Éramos más delgados y más guapos y yo le diría a usted que hasta más listos cuando, al llegar a las calles grandes,

les sacábamos el dinero a los marinos americanos y a los marinos italianos y el bolso a las extranjeras de piel colorada que se creían caminando por el cuarto de baño de su queo, oliendo las flores y tocándoles el pico a los pájaros y haciéndoles chu-chu-chu a los loritos reales.

Por la tarde nos íbamos muy lejos y cuando llegaba la noche juntábamos, el Tostao, el Topo y yo, el dinero que nos quedaba, sentados en el suelo, contra una parada cerrada del mercado, entre los trozos de lechuga tirados y pisoteados en los callejones y el olor a pescado y a naranjas y a lejía. Allí mismo, perdidos entre las sombras y los gritos que venían a veces del Barrio y a veces de las calles grandes, nos reíamos y creíamos poder llegar a montar un imperio, ser como el Gandhi, porque no teníamos otra cosa que nuestro pobre coco para pensar y nuestras piernas para correr. Y es que, la verdad, no teníamos otra cosa.

A veces, buscábamos por las esquinas del mercado latas grandes de anchoas y sardinas y, con papel vegetal del duro y un poco de cinta aislante por aquí y por allá, nos hacíamos un timbal guapo y enseguida adivinábamos a quién se lo íbamos a regalar. Cantando y dando palmas y dándole también al timbal nos íbamos al bar de la Chata para seguir cantando y seguir con la idea esa majara de ser algún día como el Gandhi y oír cómo tocaba la guitarra el hijo de la Chata. Le decíamos sigue, nen, porque queríamos que no parase nunca y porque sabíamos que él tenía algo más que dos piernas y un coco despierto para salir de todo aquello. Decían que era como su padre, el Guacho, ni más ni menos. Hasta que a él lo mandaban a acostar, que el chavalín tenía nueve taquitos, seguíamos diciéndole dale, nen y dale, nen, y él, dale que dale.

Así, por la costumbre, por lo chulo que era y por la pinta de señorito, ya tan chinorris, seguimos llamándole el Nen toda la vida.

Al ir haciéndose mayor, al Nen le fueron pasando unas

cosas que ya le contaré según vengan al caso y otras que le cuento ahora.

Muchos amigos nunca tuvo el Nen. Los que más, creo que, a la larga, fuimos el Tostao, el Topo y yo. Aunque en su momento, por ser de su edad y tan cañeros y rebotones como él, no había otros con que se juntara más que con el Dátil y el Andrade pequeño: dos puntos de tíos más listos que el hambre, que no vivían, que se lo tomaban todo y luego le metían al primero que se pusiera por delante, aunque supiese taicondo o cunfú. Y eran así: unos ñajos.

Al agustín le habían dado antes que a la maizena, fijo, y al whisky-import antes que al arroz con leche. Se pasaban toda la mañana por los bares, al loro de las películas, flipando con las historias que contaban los camellos más viejos y, por corresponder, contestando con alguna que se hablase por su casa o que hubieran oído la mañana antes. Luego se volvían para su queo y el Andrade pequeño tenía que oír los chorreos de su padre (al que usted conocerá) y que se cortaba la cara con los bisnes y el espitamiento en que andaba su hijo. Normal, porque tampoco había que pasarse y llevarme unos ojos de Nosferatu todo el día.

Por las tardes se iban al baile y allí se pasaban las horas y luego volvían para el Barrio y se juntaban con el Nen y luego con el Tostao, con el Topo y conmigo y nos poníamos a cantar y a dar unas palmas y a tomarnos algo de guay. El Nen acababa yéndose, que siempre se traía unos trajines y unas oscuridades que nadie entendía y que, la verdad, a nadie importaban, y el Dátil y el Andrade pequeño contaban y contaban:

Llegamos, Palito, me decían, y todo son luces y una música que parece una tormenta, que retumba en todo el baile (y eso que el baile es grande) y te pega en el estómago como si le hubieras hecho algo y se te cuela como grillos en las orejas. Y allí todo el mundo baila y se mueve y siempre te aparece el típico notario vacilón pidiendo bronca. Pero pasando, por lo menos al principio, porque Palito, nen, hay unas chavalas que te ponen a mil con las camisetas blancas por encima del ombligo y los pantaloncillos ne-

gros esos que han salido ahora, pegados a las cachas y al bul que te pones ciego con el meneo, ciego perdido, Palito, y tú te vas allí y este cabrón (el cabrón era el Dátil) que se llevó el otro día a una al cielo por lo menos, arriba de todo del baile y yo no sé qué le hizo que la quetedije bajó más acalorada que una cafetera, hirviendo y casi llorando, qué le harías, cabrón, lo normal, ya. Y ahí, te lo juro, el que corta el bacalao es el Nen, mariconazo, que desde que no toca la guitarra se harta a follar, que hacen cola las pavas, no veas, y las que están más buenas, que en cuanto mete un pie en la pista ya empieza el cacareo, Jaime, Jaime, Jaime, y a darle besitos en el morro y a las dos canciones ya se ha subido con una y la Susi les va a llorar a la Juani y a la Conchi y a la Quetepiensas y las tías nos vienen a llorar a nosotros y nosotros les cantamos aquella que dice: Te comiste un pan, ¡qué pan!, y que también dice: No te pongas triste, deja de llorar, no eres la primera, que se ha comido un pan, y entre las luces y el ruido y los confetis que caen del cielo que te dejan el coco perdido y la bolinga, nos emparejamos como podemos, que si no, agarramos a un primo y le espabilamos de una buena somanta, por eso, por primo, por el mamoneo.

Según fue doliendo el agustín, el Nen dejó de irse viendo con aquéllos. Iban todo el día como lázaros resucitados por el Barrio vendiéndote una camisa o un peluco o la guitarra de Elvis Presley, así riendo un poco por los nervios, colgados de los reynoles y sin enterarse mucho. Pero algo sí que se enteraban, porque lo que acabó con ellos fue un chiste de los buenos.

Porque por aquellos tiempos pasaba agustín por el Barrio Froilán el Controles, que se las daba de gran conocedor de las leyes de España. Ahora me parece que anda haciendo unos cursos extra en la Modelo desde que un día le vimos y al día siguiente no le vimos más.

Pues Froilán el Controles: flaco, bigotudo y algo tartaja, se pasaba los días en el reservado del Churumbel American-Bar invitando a vinos a quien fuera a buscarle papelas y a oírle contar el dominio que se gastaba del Código Penal.

Vamos, que a Froilán el Controles nunca le iban a pillar de marrón.

—Po-porque si no te pillan el marrón, no te pu-pueden encalomar: es el cuerpo-po del delito. A mí me viene la pasma a casa, tío, y antes de que me suban, me tiro el marrón por la ventana. ¿De qui-quién era ese marrón? Mío no, señor comisario, que yo no tenía nada en casa. Pu-pues a la calle, Controles, a la calle.

Eso lo contaba el Froilán un día sí y otro también. Y mire usted si era tonto el Froilán que no cayó en que lo enredaban cuando un día en su queo, al llamar al timbre del portero y él decir quién va, le contestan que policía, abra. El Froilán, ciego de miedo, coge la bolsa de agustín que tenía y me la tira por la ventana.

Y abajo estaban el Dátil y el Andrade pequeño que mientras corrían se irían riendo, nerviosos, saltando por las calles y mirando sin ver las luces del Barrio que se habían vuelto burbujas contra el cielo negro, dispuestos a celebrarlo.

Y lo celebraron tanto que, al día siguiente, se los encontraron en un descampado abrazados y con el careto blanco, sonrientes como angelitos. Y es que eran muy ñajos.

No hay en toda España un solo tío al que no le suene el Guacho. ¿O no? Los que le oyeron cantar así como estamos usted y yo, frente a frente, dicen que nunca han oído nada igual. Y no se pasan.

Porque lo tenía todo: planta, garbo y dominio vocal. Qué tío. Usted tiene que acordarse de sus éxitos, de alguno, por lo menos... Aquella que dice: Las muchachas de mi Barrio me miran a mí al pasar. ¡Oye, Guacho!, márcate ahí esa rumbita, que queremos vacilar... ¿A que se acuerda? O aquel disco que grabó, muy famoso, de esos antiguos con cuatro canciones que se llamaba *A mi familia* y que a mí es el que me gusta más, que salían en la portada con unos colores muy brillantes el Guacho y la Chata, todos maqueados y sonrientes, careto contra careto, así, como de lado, y en una esquina el Nen, chinorris chinorris, con un gorrito

azul claro y un chupete y que tenía aquella canción que se llamaba «De qué color», hombre, no me diga que no se acuerda:

De qué color es tu pelo, de qué color.
De qué color son tus labios,
de qué color.
Que yo quisiera nombrarlos, de qué color.
Pero no puedo, no puedo y no puedo.

Y esas guitarras que se oían en los discos, que parecían olitas de esas que hace el agua en las fuentes con surtidor... A mí me gustaría morir en un sitio donde todas las fuentes sonasen como la guitarra del Guacho. Fijo. Lo que le decía: no le iba a venir al Nen la sangre del aire. Y todas las canciones que escribió pero no llegó a grabar, que yo me las sé. ¡Bua! Un día con más tiempo ya quedaremos para tocar... Ahora sigo.

A mí me han contado que un día, unos pringados, de esos arpenchaos de última hora, pero con corbata, oyeron cantar al Guacho y se lo llevaron y le hicieron grabar discos y salir en la televisión. Le juro que no miento si le digo que salió en varias pelis de artista invitado y que en una hizo de estrella estelar.

El caso es que tenía guita, el Guacho. Y que guita que ganaba, guita que se pulía. Me han contado que cuando volvía de turné, se sentaba en un bar cualquiera del Barrio y se desprendía un alfiler de oro que llevaba en la corbata y luego se sacaba la corbata y empezaba a pedir cosas: que si unas cañitas para los señores, que si unas almejas de las de lata, que si unos whiskys por aquí, que si un benjamín por aquí también. En una hora, en el bar no cabía un alma. El Guacho, lo que yo te diga. Y en dos horas todos andaban de juerga y no volvían en una semana.

Todo esto les hacía mucha gracia a algunos y muy poca a otros. A los que les hacía más gracia era a los que se iban de juerga, y a los que no les hacía ninguna era a los que se quedaban. Vamos, digo yo, que el Barrio es así y punto. Pe-

ro entre los que las guachadas no les hacían ninguna gracia estaba la Chata, que era, como ya le he dicho, la mujer del Guacho y la madre del Nen.

Se habían casado un par de años antes, cuando nadie podía imaginarse que el Guacho acabaría haciendo películas. El caso es que la Chata no se tenía en pie de los acaloramientos y del cabreo que se cogía, y de sacarle las entrañas con el pensamiento a todas las putas que el Guacho se trajinaba. Y es que las tías cuando veían al Guacho se volvían PepsiCola. Y eso debe quemar.

Hubo un día en que la Chata ya no pudo más. El Guacho llevaba un mes sin aparecer por el Barrio y ni llamaba.

Me han contado que se supo que la Chata se fue a ver al Gandhi, que era quien fue, si no era todavía más. Nadie supo lo que hablaron, pero al cabo de una semana mucha gente volvió a ver al Guacho por el Barrio y le oyeron gritar en su casa y llamar a la quetedije mala puta y pegarle y de todo. También se dice que el Andrade y el Fontán, que siempre estuvieron con el Gandhi, cogieron al Guacho por banda y le dibujaron un seis y un cuatro en su retrato. Pero lo fijo fijo es que el Guacho y el Gandhi acabaron viéndose y se dijeron cosas fuertes, y que nadie volvió a ver al Guacho ni en el Barrio, ni en el cine, ni en la televisión.

Ahora me toca hablar del Gandhi y ahora sé que todo esto se lo puedo contar a usted sin miedo.

Era un hijo de puta, pero qué quiere que le diga: era nuestro padre.

Lo del Gandhi no sé quién se lo sacó, pero todo el mundo entendía por qué le llamaban así: era muy flaco y calvo y tenía una manera de hablar muy tranquila, sin decir una palabra más alta que otra. Andaba por los cincuenta y tantos, pero así, por el aplomo raro, la pinta y el careto currado parecía más viejo, bastante más. No perdonaba: te podía decir que no quería volver a verte por el Barrio en la vi-